



# EL QUID DE LA CUESTION

**H**UBO un momento en que el auditorio empezó a interrogarse: «Pero, ¿a santo de qué...?» Porque, al cabo de unos cuantos discursos soporíferos, contradictorios y sofocantes, la verdad es que empezaba a producirse espontáneamente una rara unanimidad en la confusión. ¿Para qué nos habían convocado allí? ¿Para escuchar al ministro de Asuntos Exteriores? ¿Para presentarnos a los hombres de cada partido más calificados para, en su día, sucederle en el cargo y que fuesen haciendo méritos? ¿O simplemente porque hay a quien le gusta más pasarse la tarde oyendo discursos que paseando por el Retiro?

Dio la señal de que pisábamos la frontera del aburrimiento un expresivo bostezo del vicepresidente de la Cámara, señor Esperabé de Arteaga respondió inmediatamente, desde el banco azul, por otro no menos dialéctico del vicepresidente tercero para Asuntos Políticos, don Fernando Abril. Como un reguero de pólvora, los bostezos comenzaron a correr por el hemiciclo. Estaba hablando el diputado socialista don Luis Yáñez, y quizá por eso las muestras de tedio eran más abundantes entre la derecha. Pero también registré algunas en las filas del PSOE y del PSP. Como ustedes saben, se ha proscrito la vieja costumbre de aplaudir. Ni un solo aplauso, ayer, hablara quien hablara. Sin embargo, el bostezo ahí está. Eso no hay quien lo prohíba, ni dictadura que lo sofoque, ni ley que se atreva con él. El bostezo, señores, es libre. Puntualmente, el señor Alvarez de Miranda, presidente de la Cámara, nos concedió un descanso de un cuarto de hora, que fue de veinticinco minutos. Eso se llama realismo político.

Cuando uno, en un acto político, se pregunta de pronto: «¿A cuento de qué?», está en camino de comprenderlo todo. Y si a continuación da un paso más y descubre qué es lo que ninguno de los oradores ha mencionado, ahí, seguro, está el quid de la cuestión. Ayer los tres oradores de la primera parte, Morodo, Gallego y Yáñez, es decir, la izquierda, coincidieron en no pronunciar un nombre: Argelia. Pues bien, ese era el motivo que nos tenía allí congregados. No valen subterfugios para el buen entendedor. Ignoro los motivos de esta maniobra de acercamiento y, en mi condición de cronista, no me alcanzan. Debo limitarme al cumplimiento de

un deber explicando a los lectores la causa de una sesión insoportable, cuando tantos otros temas está pidiendo a voces la opinión que sean llevados a debate de fondo.

Hubo un sólo orador en la tarde: Federico Silva. Sin papeles, por las claras, al grano. Cuando terminó estuvo a punto de romperse el acuerdo de proscripción del apiauso. Federico Silva pronunció la palabra 'tabú' y respondió diciendo que Argelia sigue en las Canarias una política claramente antiespañola, que volver al Sahara sería un disparate y que allí sólo nos cabe poner buenos deseos de paz y concordia. En realidad, Silva estaba anticipando lo que iba a ser la postura de Marcelino Oreja, no sólo en torno al Sahara, sino en torno a la condena, y hasta el bloqueo económico, que pedían algunos, de los países autoritarios: mejor no inmiscuirse. Y añadió que no olvidaran a Cuba.

Marcelino Oreja no es gran orador. Tampoco se empeña en serlo, cosa sería de agradecer a no pocos padres de la patria. Se trata de un guipuzcoano que en política parece gallego. Habla accionando con una sola mano, la derecha, mientras deja la izquierda en reposo, generalmente reservada en el bolsillo de la americana, para hacerla intervenir sólo en caso de extrema necesidad.

Definió su política como «ética, pero pragmática». A ver cómo se guisa semejante caldo. Conste que tengo la mayor de las confianzas en Marcelino Oreja y creo que, si hay alguien capaz de hacerlo, es él. No hay más que ver con qué aplomó respondió a unos señores que sabía perfectamente por dónde iban con un discurso de teoría y táctica de las relaciones exteriores que no se lo salta un gitano. Luego, para terminar, dijo claramente que no a la intervención en el Sahara y a la condena de algunos países hispanoamericanos. Y a casa, amigos.

Lladó, en los pasillos, cuando ya salimos cada cual a la suya, me confiesa:

—Marcelino ha estado mejor en la segunda parte, cuando hablaba sin papeles, que en la primera, cuando leyó. Vamos, a mí me ha gustado más.

Probablemente tiene razón Lladó, pero mientras soltaba aquel estudio intrincable me pareció que era mucho más Marcelino Oreja.

**Joaquín AGUIRRE  
BELLVER**